

¿CUÁNTO HA COSTADO LA PANDEMIA?

Project Syndicate

Escrito por: Andrés Sheng¹, Xiao Geng²

Puede consultar la versión original [aquí](#)

Los economistas miden las opciones de política y sus consecuencias en términos de costos monetarios o PIB. Pero el dilema al que se han enfrentado los formuladores de políticas desde el comienzo de la pandemia es fundamentalmente moral, arraigado sobre todo en la cuestión de cuándo las preferencias individuales deben prevalecer sobre los intereses colectivos.

A medida que la pandemia de COVID-19 entraba en su tercer año, Estados Unidos disfrutaba de un auge prolongado en el mercado de valores y el superávit comercial mundial de China había alcanzado niveles récord . Hay razones para creer que estas tendencias no durarán: en particular, con la Reserva Federal de EE. UU. dispuesta a endurecer la política monetaria ante el aumento de la inflación, el mercado de valores de EE. UU. se ha desplomado .

A medida que la pandemia de COVID-19 entraba en su tercer año, Estados Unidos disfrutaba de un auge prolongado en el mercado de valores y el superávit comercial mundial de China había alcanzado niveles récord . Hay razones para creer que estas tendencias no durarán: en particular, con la Reserva Federal de EE. UU. dispuesta a endurecer la política monetaria ante el aumento de la inflación, el mercado de valores de EE. UU. se ha desplomado .

Pero incluso si persistiera la efervescencia del mercado o las fuertes exportaciones en las economías más grandes del mundo, la mayoría de las personas están experimentando dificultades y angustia . No debemos perder de vista eso, y mucho menos el imperativo del cambio sistémico.

Al responder a la pandemia, los formuladores de políticas se han enfrentado a un terrible dilema: mantener la economía abierta y arriesgarse a más muertes por COVID-19, o imponer bloqueos y destruir los medios de subsistencia. Como señala el economista de la Universidad de Vanderbilt, W. Kip Viscusi , una forma de simplificar el equilibrio entre los beneficios de reducir los riesgos para la salud y los costos de las dislocaciones económicas es “monetizar” las muertes por COVID-19.

Usando el valor de una vida estadística (VSL) como métrica, Viscusi descubrió que el costo de las muertes por COVID-19 en la primera mitad de 2020 ascendió a \$ 1,4 billones en los EE. UU. y \$ 3,5 billones a nivel mundial. Aunque EE. UU.

¹ Andrew Sheng, miembro distinguido del Asia Global Institute de la Universidad de Hong Kong y miembro del Consejo Asesor sobre Finanzas Sostenibles del PNUMA, fue presidente de la Comisión de Valores y Futuros de Hong Kong.

² Xiao Geng, presidente de la Institución de Finanzas Internacionales de Hong Kong, es profesor y director del Instituto de Política y Práctica del Instituto de Finanzas de Shenzhen en la Universidad China de Hong Kong, Shenzhen.

representó el 25 % de las muertes, su participación en el costo global de mortalidad fue del 41 %, porque los países más ricos tienen un VSL más alto. Un estadounidense está valorado en \$ 11 millones y un afgano en solo \$ 370,700.

Si se aplica la misma medida a las muertes notificadas oficialmente hasta fines de 2021, que suman alrededor de 5,6 millones, el costo de la mortalidad sería de \$ 38 billones, o el 40% del PIB mundial. Si uno toma la estimación de The Economist de las muertes reales, cerca de 17 millones, esa cifra se eleva a \$ 114 billones, o el 120% del PIB.

China abordó la compensación de manera muy diferente a los EE. UU., eligiendo proteger vidas con bloqueos estrictos, incluso a expensas de mayores dislocaciones económicas. Si China tuviera la misma tasa de infección que EE. UU. y la misma tasa de mortalidad (un poco más del 2,9 %), sus muertes totales por COVID-19 habrían alcanzado los 4,1 millones, en lugar de las 4.849 registradas oficialmente. El VSL de China de \$ 2,75 millones implica que esto habría significado pérdidas adicionales de \$ 11,3 billones, o el 67% del PIB de 2021. Dado que la economía de China ha tenido un desempeño relativamente bueno durante la pandemia a pesar de los bloqueos, parece justo concluir que el enfoque de China condujo a costos generales más bajos.

En cualquier caso, los costos reales de la pandemia de COVID-19 son más altos de lo que indican los puntajes de VSL. Sumando la mortalidad, la morbilidad, las condiciones de salud mental y las pérdidas económicas directas, el exsecretario del Tesoro de EE. UU. Larry Summers y el economista de Harvard David M. Cutler estiman que EE. UU. tuvo pérdidas de \$ 16 billones, el equivalente al 90% del PIB, en 2020.

A pesar de estos altos costos, el dilema que enfrenta un país como Estados Unidos o China es menos severo que el que enfrentan las economías en desarrollo más pobres. Con grandes deudas y una capacidad limitada para endeudarse, los gobiernos de estos países han tenido pocas opciones para apuntalar sus economías. La escasez de vacunas y los débiles sistemas de salud los han dejado aún más vulnerables.

El Fondo Monetario Internacional advirtió recientemente que, debido a la pandemia, los ingresos en 40 estados frágiles y afectados por conflictos se están quedando aún más rezagados que los del resto del mundo. No es difícil discernir por qué: dichos países carecen de la capacidad institucional o los recursos para gestionar o mitigar los riesgos sociales, económicos, políticos, de seguridad o ambientales de manera efectiva. La violencia ya está en su punto más alto en 30 años a nivel mundial. Los estados frágiles, hogar de casi mil millones de personas , pueden representar el 60% de los pobres del mundo para 2030.

Todo esto está pasando factura a la economía mundial. La última edición del informe Perspectivas económicas mundiales del Banco Mundial predice con cautela que el crecimiento mundial se desacelerará del 5,5 % en 2021 al 4,1 % en 2022 y al 3,2 % en 2023. Detrás de este pronóstico están las amenazas que plantean las nuevas variantes de COVID-19, el aumento de la inflación , el

aumento de la deuda, el aumento de la desigualdad y los preocupantes desafíos de seguridad.

Economistas como Viscusi, Summers y el personal del FMI y del Banco Mundial miden las opciones de política y sus consecuencias en términos de costos monetarios o PIB. Pero el dilema al que se enfrentan los formuladores de políticas es fundamentalmente moral, arraigado sobre todo en la cuestión de cuándo las preferencias individuales deben prevalecer sobre los intereses colectivos. Además, a pesar de la aparente sencillez de los cálculos de costo-beneficio, la pandemia es, en última instancia, un desafío sistémico que se entrelaza con otros, desde la desigualdad hasta el cambio climático.

No hay soluciones simples. Como Minouche Shafik , directora de la Escuela de Economía y Ciencias Políticas de Londres, argumentó recientemente , la pandemia ha dejado en claro la necesidad de un nuevo contrato social adecuado para los desafíos contemporáneos.

El antiguo contrato social tenía sus raíces en el Código de Dominación , plasmado en Génesis 1:26 , cuando Dios dijo: “Hagamos al hombre a Nuestra imagen, conforme a Nuestra semejanza, para que gobierne sobre los peces del mar y las aves del cielo. , sobre el ganado, y sobre toda la tierra misma y todo animal que se arrastra sobre ella.” Y, sin embargo, no a todas las personas se les concedió la misma autoridad. En 1493, la Doctrina del Descubrimiento de la Iglesia Católica otorgó a los cristianos el derecho de esclavizar a los no cristianos y apoderarse de sus propiedades.

Esa doctrina tuvo eco en los EE. UU. en 1823, cuando la Corte Suprema dictaminó que el estado tenía más derechos que los pueblos indígenas. Como muestran el difunto antropólogo David Graeber y su coautor David Wengrow , las ideas de libertad e igualdad que guiaron la Ilustración europea fueron moldeadas por el primer contacto de los europeos con los indios americanos en América del Norte.

El contrato social que necesitamos debe reflejar las fuerzas y los valores que dan forma al mundo en el que vivimos hoy, incluidas las profundas interconexiones entre nuestras economías y sociedades, el valor inherente de todos los seres humanos y el desafío existencial compartido del cambio climático. Hoy, la elección no es dominar o ser dominado; es trabajar juntos o perecer juntos .